



DESTRUCCIÓN CREATIVA

CARLOS ALBERTO MONTOYA CORRALES
carlos.montoya@upb.edu.co

Si bien es cierto que Joseph Alois Schumpeter (1883-1950) no fue el primero en acuñar el concepto "destrucción creativa", en tanto otros pensadores, desde disciplinas diferentes a la economía, como Klimt (1862-1918), Schopenhauer (1788-1860), Nietzsche (1844-1900), ya lo habían realizado, no menos lo es el hecho de que fue el sociólogo y economista austriaco quien se encargaría de popularizarlo, y que sería él quien lo utilizaría para describir la economía capitalista como un sistema dinámico de producción en permanente evolución y periódicamente dominado por oleadas de innovación. Su convencimiento se expresa en la forma de concebir el proceso de destrucción creativa como el dato de hecho esencial del capitalismo, y enfatizar en que toda empresa capitalista tendría que amoldarse a ella para vivir. Aspecto este que con el paso de los años, ha pasado a constituirse en la característica fundamental del desarrollo de las economías y determinante clave de las oportunidades en los mercados internacionales. Al menos así se desprende de las nuevas exigencias para aquellas empresas y países que quieren alcanzar mayor competitividad de sus economías y de paso garantizar un mayor bienestar a sus pobladores.

En este contexto, los países que en la actualidad desean alcanzar relevancia en los ámbitos regional e internacional, requieren contar con estructuras productivas modernas soportadas en el uso intensivo de la innovación, empleo eficiente del recurso humano, resaltando dentro de ello el uso de activos del conocimiento, y con unas instituciones modernas e integradas a la dinámica de las economías de mercado. Lo que en países como los latinoamericanos, se traduce en exigencias asociadas a cambios en la especia-

lización productiva, reforzamiento de la competitividad de las empresas, más oportunidades de educación y mejoras sustanciales en su calidad, reorientación de las políticas públicas, entre otros retos asociados al mejoramiento de la calidad de vida como la generación de empleo y el combate a la pobreza. Aspectos que requieren de una actuación concertada entre el sector privado, el sector público, contando con la institucionalidad asociada a la educación, las instituciones sociales y políticas, y en general con el conjunto de la sociedad, quien deberá desplegar mecanismos que le permita incorporar el cambio permanente como fórmula de relacionamiento más eficaz.

Desafortunadamente, y a pesar del carácter imperativo que adquiere el adoptar esta cultura del cambio, persisten obstáculos que han impedido que se desaten las dinámicas que se requieren. Aún aparecen insuficientes los argumentos que explican los beneficios o los costos que obtendrán los países en tanto asuman el reto de la innovación o por el contrario se mantengan al margen de la misma, al respecto se requiere contar con argumentos más convincentes de la importancia que reviste el hacerlo de manera oportuna; lo cual deberá traducirse en la construcción de escenarios que permitan la presencia de acuerdos y consensos en los cuales prime una visión colectiva de los cambios productivos y sociales que requieren los países de la región; al tiempo que se incorporen valores distintos a los que tradicionalmente han hecho presencia en las empresas y en la sociedad en general. A este nivel la institucionalidad, comenzando por los gobiernos comprometidos con los procesos de modernización, deberá implicarse en la identificación del itinerario que permita la salida de este laberinto que mantiene en el atraso a la inmensa mayoría de países de la región.

El escenario de la economía mundial se encuentra signado por el cambio y este deberá permitir que economías nacionales y empresas ingresen en la dinámica de la innovación permanente, lo que muy seguramente se convertirá para muchos de los países en un llamado lleno de contradicciones y muchas incertidumbres, pues aunque

esta ola ascendente de destrucción resulta necesaria, es justo advertir que no esta exenta de críticas decisiones. Siguiendo los postulados de Schumpeter esto indicaría que dada la competitividad de las economías y en particular de las empresas en América Latina, se requiere estar atento a una posible desvalorización masiva del capital en la región, mediante la creciente eliminación de empresas no eficientes, todavía más si el reto deviene de nuevos contextos, como aquellos que derivan de las estrategias de integración de mercados y los compromisos adquiridos en el marco de los Tratados de Libre Comercio, que incorporarán nuevas y más destacadas quiebras, fusiones y adquisiciones. De otra parte, se trata de reconocer que la innovación como factor dinamizador, introducido por las empresas en una dinámica de destrucción creadora, generará la aparición de nuevos productos que destruyen antiguos modelos de organización y producción, e inducirán a adoptar otros que permitan un mejor rendimiento de la empresas en el mercado, poder hacer frente a la competencia y mantener liderazgo en la industria.

Las condiciones de la economía de mercado son claras: los esfuerzos exitosos de algunos empresarios nacionales o extranjeros generarán la desaparición de competidores. Y esto es normal. En ello radica el principio de la competencia, los menos exitosos tienden a cederle el paso a los más exitosos, ya sea de manera lenta o gradual, o de manera rápida o abrupta. Allí radican precisamente una serie de interrogantes para las economías de la región, y en particular para la colombiana: ¿cuáles empresas y sectores aparecerán en el concierto regional e incluso continental rindiendo los mejores frutos? ¿Cuentan las economías de la región con claras políticas que incentiven o premien a las empresas que logran avances en sistemas de producción y grados más elevados de satisfacción de los consumidores? ¿Es claro el balance entre la creación de riqueza resultado de la profundización de la producción y la destrucción producto de la salida del mercado de los más ineficientes? ¿Podrán realmente los empresarios dar ese salto evolutivo hacia organizaciones innovadoras? ¿Hay evidencias serias

en la región de que algunos países estén realmente adoptando este tipo de modelo? Son muchos los interrogantes y pocas las respuestas que sin duda están en gobiernos, empresarios y en la sociedad misma.

Al respecto, los gobiernos de la región deberán admitir la importancia que reviste contar con una política pública que valore los esfuerzos asociados a la destrucción creativa, proveniente del grado creciente de competencia al que están siendo sometidas las economías. Ello implica, por un lado, definir con precisión las prioridades de la sociedad ante las quiebras. No basta con difundir la idea de que aquellos empresarios que quiebran lo hacen por su ineficiencia e improductividad, menos cuando persisten obstáculos que los comprometen como aquellos asociados a la infraestructura de competitividad o la presencia de débiles instituciones, e incluso en la formación de talento humano y fortalecimiento del capital social. La promesa de una economía más innovadora y productiva no puede cegar a gobiernos e instituciones frente a la tragedia que sufren los directamente vinculados con las empresas y sectores en quiebra; éstos deberán ampliar la gestión para que nuevas oportunidades lleguen lo más pronto posible. De otra parte, se trata de interiorizar la idea de que en el actual escenario de competitividad las economías requieren reinventarse, y que esto no es una simple cuestión de mercado: acá cuenta el acceso a nuevos activos, la gente, y una nueva energía económica que además de la innovación sea movida por una institucionalidad cambiante y eficiente. Basta con pensar en Finlandia, país que en los últimos años ha logrado clasificarse como el país más competitivo en cuanto a su crecimiento, con una fórmula de éxito bastante clara: el menos corrupto del mundo, el de primer nivel mundial en educación y formación profesional y una de las más destacadas sociedades de conocimiento e interacción.

El escenario de un mercado dinámico como el actual, en el cual la estructura del consumo y las formas de relacionamiento entre productores y consumidores cambia aceleradamente, indica que la única forma de ser competitivos y

sobrevivir en el mercado es logrando diferenciarse positivamente de la competencia. Desde la teoría de la destrucción creativa esto es posible a través de la innovación. En este sentido las empresas deben estar dispuestas a reinventarse o reestructurarse de forma continua y creativa; el papel de la destrucción creativa al interior de las empresas deberá traducirse en romper o destruir los esquemas existentes para generar nuevas formas de hacer las cosas, pues no hay creación sin cambio, y el cambio exige destrucción. Y aunque esto no sólo compete a las empresas es claro que ellas requieren aumentar su capital humano y ampliarse para incluir un nuevo pensamiento que propicie una cultura de la innovación a su interior. Las exigencias que el escenario mundial demanda, induce a las organizaciones a basar sus cambios en una destrucción creadora, aumentar el valor de la innovación en la producción, introducir nuevos conocimientos, centrar la atención en el desarrollo de capacidades competitivas y el rediseño de estrategias, entre otros aspectos que reafirman una nueva cultura organizacional.

En cuanto a la sociedad se refiere, es claro que está obligada a rediseñar sus modelos de funcionamiento para responder a los enormes desafíos de la globalización, la competencia y en especial a aquellos de la era del conocimiento. Los países de la región están obligados a que sus sociedades se involucren directamente con generación de conocimientos; son sus individuos quienes finalmente innovarán a través de nuevos productos, procesos, ideas y enfoques, son ellos quienes permitirán que las economías, y en particular las empresas, encuentren maneras productivas y eficientes de hacer las cosas. La región latinoamericana, evidencia la presencia de muchos sectores económicos que se van a ver desplazados por la competencia internacional a la que se enfrentarán, ya que la productividad de muchos países de otras regiones es superior a la de América Latina en no pocos rubros, esto obliga a recurrir a la innovación y creatividad para hacer de las economías una fuente de valor agregado en bienes, servicios y demás actividades en donde se desarrollen ventajas comparativas y competitivas, y se generen mayores oportunidades de empleo.

En fin, el camino está trazado para gobiernos, empresas y en general para las sociedades, se trata de asumir la destrucción creativa como el reto de modernización y estrategia fundamental para el logro de los objetivos de competitividad y bienestar; y si bien los países latinoamericanos parecen estar conscientes de ello, valga recordar que abandonar el sendero trazado por Schumpeter o, peor, hacer caso omiso de sus recomendaciones, es incurrir en grandes errores. Dada su pertinencia, los países de la región deberán aceptar que su paradigma ha trascendido al sistema económico y empresarial y se ubica en el plano de lo social e institucional. En consecuencia, el cambio que requiere la región latinoamericana es el de la destrucción creativa en cada una de sus dimensiones.